

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 186.

Alicante 20 de Junio de 1874.

Año V.

LA EXISTENCIA DE DIOS

PROBADA

POR LA CREENCIA UNIVERSAL.

II.

De los pueblos de la antigüedad pagana, con cuyo testimonio demostramos nuestro objeto en el artículo anterior, pasamos ahora á los de la edad moderna, para aprovecharnos de los medios que nos facilitan al mismo fin. Suponemos que no se pondrá en duda la creencia de las naciones europeas que se formaron hace mil quinientos años de las ruinas del imperio romano, y que no se negará que los pueblos judíos, cristianos, musulmanes é idólatras esparcidos sobre la superficie de la tierra profesan alguna religion, y que toda religion envuelve en sí un sentimiento mas ó menos puro de la Divinidad.

¿Y qué diremos de los pueblos descubiertos en los tres últimos siglos? ¿Hasta dónde no ha penetrado la audacia de los navegantes, y qué montañas, qué bosques, por inaccesibles é impenetrables que fuesen, no ha visitado el celo de los misioneros? ¿Han descubierto los euro-

peos alguna nueva region en que ya no se hallase algun conocimiento de la Divinidad? No, no fué Colon el que le llevó á América, ni Magallanes á las islas de los *Ladrones*.

No ignoramos que algunos viajeros, demasiado atrevidos en afirmar lo que no habian observado por falta de tiempo y de medios, hicieron recaer sospechas de ateísmo sobre los habitantes de las Antillas, del Brasil, del Canadá, sobre los hurones, los iroqueses y los hotentotes, de lo cual se prevalecieron con complacencia Bayle y Helvecio, y nuestros escépticos y ateos lo consideran como un triunfo, triunfo ignominioso, como ya veremos, aunque no fuese imaginario.

Pero ¿qué es lo que ha sucedido? Que estas primeras relaciones demasiado ligeras han sido formalmente desmentidas por otras posteriores mas fieles y mas circunstanciadas, de que resulta que aun cuando solo se descubran entre estos pueblos lineamientos informes de religion y de una creencia grosera, esta á lo menos ya no es un problema. Citaremos, por ejemplo

entre muchos, á los habitantes de Otaiti, de cuya religion se habia dudado algun tiempo, hasta que Cook, y despues de él Vancouvel, reconocieron sus dogmas y ceremonias religiosas.

Así, pues, los ateos no tienen el triste consuelo de haber podido descubrir un solo pueblo tan desnaturalizado que no tenga su Divinidad. Por lo demás, no tenemos inconveniente en abandonarles esos aduanes de salvajes que no tienen de hombre mas que la figura; y en verdad que es muy digno de tal causa tener por apoyo los habitantes de las selvas, que es lo mas vil y mas degradado de nuestra especie. Pero ¿desde cuándo se debe juzgar de los sentimientos de los hombres por los seres que solo han conservado el nombre de tales? ¿Quién medirá su inteligencia por la de los dementes que la policía encierra en las casas de locos? ¿Con qué razon cuando hacia Buffon una pintura tan sublime del hombre, de la hermosura de sus formas y facciones, se le hubiera podido oponer la configuracion extravagante y disforme de algunos individuos? Cuando invocamos el testimonio de los salvajes, es, lo primero, porque se ha puesto en duda, y, lo segundo, para hacer ver que la creencia en un Dios es tan conforme á la naturaleza racional, que ha penetrado hasta en el seno de la mas profunda ignorancia y aun de la misma ferocidad.

Nuestros impíos de Europa han ido á buscar compañeros en las extremidades del Oriente, en la China, y han sentado que los literatos chinos eran una sociedad de ateos.

Aunque esta autoridad no sea de mucho peso, discutamos, sin embargo, este hecho. Es posible que entre los sabios de Pekin haya, como entre los nuestros de Europa, algunos que profesen el ateismo; pero para creer que el cuerpo de literatos es ateo, necesitamos que se citen pruebas irrefragables. Si algunos misioneros lo han asegurado, no es esta tampoco la opinion de la mayor parte de los que han llegado á saber perfectamente la lengua china, por medio de un estudio constante y por su trato con los principales literatos.

Véase lo que dice á este propósito un misionero muy sábio, el Padre Parennin, en una carta á Mr. de Mairan, director de la Academia de ciencias: «Siempre he pensado que los que acusaron de ateismo á los literatos chinos no han tenido mas razon para asegurarlo en público, que el interés de la causa que tenían que sostener.... Yo no he visto á un solo chino que sea ateo práctico.... Puedo añadir aun, que el número de los que han querido parecer ateos es muy pequeño, y que los pocos que han tratado de explicarlo todo en sus libros físicamente sin recurrir á un Ser supremo, autor de todas las cosas, se quejan de que sus opiniones han sido abando-

nadas, en lugar de ser seguidas por los sábicos.»

Observemos además, que estos literatos ofrecen sacrificios á lo que ellos llaman el espíritu del cielo, y siendo un absurdo dirigir votos y homenajes á la nada, á un ser sin vida y sin inteligencia, ya se descubre á lo menos una noción confusa de la Divinidad.

Aquí parece oportuno decir alguna cosa, aunque ligeramente, para conocimiento de aquellos que no le conozcan, sobre cierto *Diccionario* de los ateos y de sus *Suplementos*, en los cuales se encuentra inscrito el nombre de los mayores ingenios desde San Agustín hasta la época de su publicación. ¿Quiérese saber á qué se reducen las decantadas pruebas de esta inicua obra en pró del ateísmo? Pues oiganlas nuestros lectores.

Nosotros decimos todos los días que Dios está en todas partes, que su presencia llena el cielo y la tierra, que todo vive y respira por él, que es la luz de los entendimientos: hablamos, además, de su palabra fecunda, de su brazo que arroja el rayo, y de sus miradas que hacen estremecer la tierra. Pero estas expresiones no son otra cosa que unas imágenes de que queremos revestir las perfecciones divinas, para poder de algun modo manifestarlas; y estamos muy léjos de las ideas groseras del Espinosismo, y de hacer de la Divinidad un ser corpóreo

con dimensiones divisibles como la materia, y una misma cosa con este universo físico.

Esto es, sin embargo, lo que suponen el autor del *Diccionario* citado y su continuador, y así no será extraño que inscriban en sus tablas ignominiosas á San Juan Evangelista, porque dice que Dios es la luz que ilumina al hombre; á San Pablo, porque refiere que nosotros tenemos en Dios el ser y la vida, y á Newton porque desenvuelve este mismo pensamiento. Por otra parte, sabemos que no hay escritor alguno, por sincero adorador que sea de la Divinidad, á quien no se pueda caracterizar de ateo, desmembrando los pasajes de sus escritos, mudando la acepción común de las palabras, recogiendo rumores vagos, anécdotas inciertas, y hasta espresiones poco comedidas. Este es precisamente el indigno artificio con que se han hecho recaer sospechas de ateísmo sobre San Gregorio Nacianceno, San Juan Crisóstomo, Descartes, Pascal, Bossuet, Fenelon y otros varios.

Es muy curioso oír acerca de esto la confesión del autor de los *Suplementos*: hé aquí sus propias palabras: «Se nos echa en cara haber nombrado muchas personas con demasiada ligereza, fundados en testimonios vagos, en pasajes poco convincentes y en una reputación incierta. Sin duda seríamos reprehensibles si hubiéramos tratado de acusarlos; pero intentando hacer su elogio, no nos juzgábamos obliga-

dos á guardar tanta circunspeccion.» Esta confesion es muy sencilla, como se vé, y es decir ingenuamente que el *Diccionario* ha sido compuesto sin exactitud, y como por solo tener el placer de aumentar la lista de los ateos.

Todo esto es muy digno de compasion y de risa; pero al mismo tiempo ¿cómo puede dejar de indignarse el corazon de un hombre de bien? ¿Cómo dejar de entregarse á algunas reflexiones dolorosas sobre los extravíos de un siglo, en que hay escritores que han creido poder adquirir gloria dando al público semejantes extravagancias? ¡Qué indignidad mayor que perturbar de este modo las cenizas de los hombres mas ilustres, y creer honrar á los mas sinceros adoradores de la Divinidad, atribuyéndoles una opinion que desechaban con horror!

Es evidente que espantándose de sí mismo el ateo, y creyendo levantarse contra él la voz del universo, desea hacerse sordo á los gritos de una conciencia agitada; que como poseido del temor parece que llama á su socorro, queriendo asociar con sus monstruosas ideas los nombres mas grandes de los siglos pasados, y que su razon perturbada se eclipsa y desatina. Tan solo de este modo hubiera podido sin pruebas, contra la evidencia y el testimonio de la historia, transformar en ateos á los mas celosos adoradores de la Divinidad, á pesar de sus virtudes apoyadas en su fé. ¡Nosotros estábamos

destinados por desgracia á ser testigos de tanto exceso junto; y tanto es el cúmulo de males que puede producir el espíritu de impiedad sobre la tierra!

Era preciso que fuese ultrajada la memoria de los hombres mas grandes, al mismo tiempo que se violaban sus tumbas; y á la verdad, no sabemos quiénes deben escandalizarnos mas, si los que, violando sacrílegamente los sepulcros, exhumaban augustas reliquias para entregarlas á los insultos de un populacho desenfrenado, ó estos profanadores del ingenio y de la virtud, que en cierta manera parece que llaman á la vida á un Bossuet y á un Fenelon para cubrirlos con el oprobio de su execrable ateismo.

Asentada ya la creencia universal del género humano por lo respectivo á la existencia de Dios, preguntamos ahora ¿cuál es el origen de esta creencia? ¿Procede acaso de las preocupaciones y de las pasiones, ó viene de la naturaleza y de la razon? Tal es la cuestion que nos proponemos ilustrar para mas esclarecer la verdad que vamos esponiendo, y de ella nos ocuparemos en el próximo artículo.

UN AÑO MAS.

El venerable anciano que ocupa la Silla de San Pedro, el magnánimo Pontífice que la nave del pescador dirige, el bondadoso Pio IX, ha visto cumplir, el día

16 del presente mes, el vigésimo octavo aniversario de su elevación al pontificado. ¡Prodigio verdaderamente extraordinario! ¡Acontecimiento consolador, que solo conocen y saben apreciar justamente los que confían y esperan en las misericordias de Dios!

La prolongación del pontificado de Pio IX no puede, no debe creerse por los que con recta conciencia se fijan en las cosas, como un hecho de escasa importancia; debe considerarse como un acontecimiento extraordinario capaz de llamar la atención aun de los hombres mas despreocupados.

Pio IX es el Papa de mas larga duración en el Pontificado desde el apóstol; y no se arguya que por haber sido de los de menos edad elevados al sacro solio, porque otros muchos han sucedido á San Pedro siendo mas jóvenes que el actual Pontífice, y ninguno de ellos llegó á reinar los años que lo hizo el Príncipe de los apóstoles. ¡Solo Pio IX ha escedido al santo apóstol en la duración de su pontificado! Pues bien:

Pio IX que tantos y tan rudos golpes viene sufriendo, que tan terribles luchas sostiene con los obstinados é implacables enemigos del Pontificado, porque este es la piedra angular sobre la cual descansa el sólido edificio de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana:

Pio IX que, con su noble y enérgica actitud, ha frustrado mas de una vez los abominables proyectos de los disfrazados enemigos de la Iglesia, contra la cual no prevalecerán las fúrias del infierno:

Pio IX que, con un *non possumus* tan constante como solemne, ha rechazado

las insistentes exigencias de una astuta diplomacia:

Pio IX que, con admirable impasibilidad y una inalterable calma, ha sufrido y sufre las sarcásticas y groseras calumnias de la desnaturalizada prensa, y de los elementos trastornadores de todo orden social y religioso:

Pio IX que, despues de haberse conducido con sus mas fuertes enemigos con toda la generosidad propia de su bondadoso y paternal corazón, ha sido tratado por ellos tan injusta como inconsideradamente:

Pio IX, en fin, que, despojado arbitrariamente de sus legitimos derechos y dominios, se vé hoy reducido á los límites del Vaticano, y sufre no obstante con edificante paciencia y con sonriente semblante; Pio IX, repito, está indudablemente destinado para ser la epopeya de nuestro siglo, el fábulo que ha de conducir á puerto de salvación la combatida nave de la Iglesia. La duración de su pontificado hace fundadamente esperar, que en él terminen las grandes luchas que ponen en conmoción al Catolicismo; y por lo tanto debemos confiar en que el noble, generoso y heróico Pontífice, que en su prolongada misión sobre la tierra ha sufrido tanto, alcance aun en ella el premio debido á su valor y constancia, viendo el triunfo de la verdad sobre el error, la paz de la Iglesia. Esto, pues, deben desear todos los que sinceramente se titulen católicos, y por ello deben tambien pedir al Altísimo haga brillar su luz sobre las densas tinieblas que envuelven el mundo en el caos, á fin de que entonces los buenos, es decir, los que el santo temor de Dios no olvi-

daron y permanecieron fieles hasta el fin, eleven sus cánticos de acción de gracias al Trono de las clemencias divinas, y que los malos, esto es, los que desgraciadamente abandonaron á Dios, le conozcan de nuevo y obtengan su infinita misericordia.

Permanezcamos, pues, firmemente adheridos á la Cátedra de Pedro, á la silla de verdadera sabiduría, al inmortal Pio IX, á cuya bondad dedico hoy, como en otros años, este pequeño homenaje de mi mas acendrado afecto y profundo respeto.

José S. Corona.

LAS PROFECIAS MODERNAS.

Carta del obispo de Orleans
AL CLERO DE SU DIOCESIS.

(CONTINUACION.)

Y que no se responda: yo desprecio el sentido humano, las miras humanas, y mi único guia es la fé, el sentido cristiano. No, no es el sentido cristiano el que os guia, porque él os dice: *Probate Spiritus*, y vosotros no los probais. La fé os dice: *Non tentabis Dominum Deum tuum*. ¿Y haceis otra cosa que tentarle con vuestras presunciones y con vuestras temerarias seguridades? Por ser cristiano no se deja de ser hombre, ni se está dispensado de obrar como hombre; el cristiano debe ser un hombre más razonable, más reflexivo, más sensato, más firme en la fé y en la virtud. El orden sobrenatural no destruye el orden natural,

lo perfecciona. No hay derecho para pedir á la Providencia intervenciones milagrosas incesantes y comunicaciones singulares; no hay derecho para suponerlo, no; y cualesquiera que puedan ser las atenciones divinas hácia nuestras necesidades, nuestros deseos ó nuestras virtudes, no estamos autorizados, ni para nuestra conducta particular, ni para el gobierno general de los negocios, á contar con favores excepcionales; no es permitido imaginarlo temerariamente, ni para nosotros ni para los demás, sea dando aplicaciones caprichosas á los oráculos de los Libros Santos, sea entregándonos ciegamente á las promesas de falsos profetas ó á las ilusiones de los iluminados. En una palabra, «*Ne quis vos seducat ullo modo*, dice San Pablo.» No os dejéis seducir de ningun modo. Ahora más que nunca conviene recordar esta grande y sábia advertencia del Apóstol.

El Santo Padre, además, señores, no nos permite olvidarla. Nadie como él ha recomendado á los cristianos la confianza y la oracion, y nadie como él ha dado al mundo, en medio de las más crueles pruebas, un ejemplo tan bello y conmovedor. Pero en cuanto á esas vias extraordinarias, contrarias, segun la frase de San Francisco de Sales, á la sencillez de la fé; en cuanto á esos profetas sospechosos que van repitiendo: «El Señor ha hablado, el señor ha hablado», cuando el Señor no ha hablado, escuchad lo que los periódicos religiosos de Francia y Bélgica nos refieren que el Santo Padre decia en su alocucion de 9 de Abril de 1872:

«Yo no concedo gran crédito á las profecias, dice el Papa, porque, con es-

pecialidad las hechas recientemente, no merecen el honor de ser leídas.» Y pocos meses más tarde, en la alocucion de 5 de Julio del mismo año, añadía: «Circulan gran número de profecias, pero creo que son fruto de la imaginacion. La verdadera profecia consiste en resignarse á la voluntad de Dios y en hacer el mayor bien posible.»

¿Qué son, en efecto, señores, casi todos esos volúmenes de profecias que la especulacion de los libreros lleva á todas partes, y esa multitud de profetas que aparecen de pronto, y esos oráculos que cada cual interpreta temerariamente á su gusto, sin saberse con frecuencia ni el origen, ni la autenticidad, ni el sentido; fórmulas vagas, oscuras, ridículas, apareciendo como raros é incomprensibles enigmas, prestándose á toda clase de comentarios; donde se puede ver cuanto se quiere, y, á veces, tan precisas y detalladas, que os enseñan toda la historia de un siglo, los nombres propios, las fechas, los hechos; que se las acomoda á lo porvenir y al porvenir próximo, como al pasado, salvo cambiar de repente la explicacion, si los acontecimientos echan por tierra las predicaciones, haciéndose á sí mismos reveladores y profetas? ¿De dónde vienen esos extraños visionarios? ¿Quién les envia? ¿Desde cuándo quiere Dios que se arregle la conducta á tales oráculos? Decis que Dios ha querido presentar á vuestra vista la serie de acontecimientos para siglos ó para años, el oscuro porvenir; y ¿qué signo, qué prueba tenemos de que esas pretendidas revelaciones vienen de Él, y de que debemos consultar y obedecer esos nuevos libros sibilinos? Ninguna. Se ve razon su-

ficiente y de todo punto digna de Dios en la serie de esos grandes oráculos bíblicos, realizados tan maravillosamente por el Evangelio y en la historia del pueblo de Dios; pero ¿cómo explicarse esas revelaciones apócrifas, dormidas tan largo tiempo en el polvo y en el olvido, y sacadas de repente á luz en el momento en que la curiosidad pública sobrecitada las llama, y en las cuales, para comprender alguna cosa, necesitaria evidentemente el intérprete una nueva revelacion? Porque todos los medios de interpretacion y de crítica son aqui vanos, encontrándose uno sin criterio formal de ningun género, en via de aventuras, expuesto á todos los engaños de la ilusion, á todas las fantasias de la quimera, incapaz, por tanto, de determinar la conducta que ha de seguirse, y autorizado, desde entonces, á la mas legitima sospecha y al derecho de despreciar la profecia. ¿Son estas las vias dignas de Dios? ¿Es esta la señal y marca característica de las obras divinas?

II.

¿Qué conducta debe seguirse, señores, en la práctica respecto á esa multitud de profecias y de milagros, para no incurrir en ciego iluminismo ó en escepticismo irracional é impío?

Hay un medio sencillo. La Iglesia no ha dejado á los fieles sin guia, pues para todos estos asuntos ha trazado reglas de conducta; á ellas conviene atenerse, y cuando en estricto derecho no sean aplicables estas decisiones, tomar por ley el espíritu que las ha inspirado.

¿Cuáles son estas reglas?

Ya sabeis lo que dicen Fenelon, San

Francisco de Sales, Benedicto XIV, Gerson y el mismo Papa Pio IV. Escuchad ahora los Concilios.

Ved primero lo que, á propósito de revelaciones y profecías, prescribe el Concilio general de Letran de 1516 en su undécima sesion presidida por el Papa. Empezaba entonces el siglo xvi, visperas de grandes perturbaciones, y los espíritus estaban, como ahora, en trabajo.

«En cuanto al tiempo en que deben sobrevenir los males futuros, la venida del Antecristo y el dia del juicio—porque entonces, como hoy, tambien habia profetas que anunciaban el fin próximo del mundo,—que nadie—dice el Concilio,—se permita anunciarlos ó precisarlos, porque la Verdad ha dicho que no nos corresponde conocer el tiempo ni los momentos que el Padre tiene reservados en su poder. *Todos los que hasta ahora se han atrevido á hacer tales predicaciones han sido mentirosos; estando demostrado lo mucho que perjudican con sus predicaciones á la autoridad de los que se limitan á predicar sin predecir. En adelante PROHIBIMOS Á TODOS Y Á CADA UNO anunciar en sus discursos públicos cosas del porvenir, interpretando á su capricho las Santas Escrituras; presentarse como instruidos por el Espíritu Santo ó por una revelacion divina, ó hacer alarde de otras vanas adivinaciones ó cosas de esta naturaleza.*»

La prohibicion es terminante. Pero ved, señores, con qué sabiduria concilia las prohibiciones necesarias con la posibilidad del órden sobrenatural. Los padres de Letran añaden: «Si, no obstante, el Señor hiciese revelaciones sobre algunos de los acontecimientos que deben

ocurrir á la Iglesia, como se trata entonces de cosas de grande importancia, y atendido á que no debe prestarse fé á todo espiritu, sino, como dice el Apóstol, probar si los espíritus provienen de Dios, queremos que, en ley ordinaria, se entienda que estas pretendidas inspiraciones, *antes de ser publicadas ó predicadas al pueblo*, queden desde ahora reservadas al exámen de la Sede apostólica.

»Si alguno osara oponerse á estas prescripciones, queremos que, además de las penas establecidas para tales casos por el derecho, incurra en excomunion, de la cual no pueda, excepto *in articulo mortis*, ser absuelto por el romano Pontífice.»

Este decreto es, señores, en la ciencia teológica una prueba de segura y alta sabiduria apostólica. A todo se atiende en él como es debido: se denuncia y previene el peligro de las falsas revelaciones, pero como el discernimiento en estos asuntos es difícil, y, además, se trata de una gran cosa, como dicen los Padres, de una excepcion á las leyes providenciales ordinarias, el Concilio reserva sabiamente la apreciacion á un tribunal excepcional y soberano. Por el rigor de las penas que establece hace comprender lo importante que es contener las intemperancias ó las ilusiones del espíritu privado, en interés de las almas y de la misma fé.

Pero se dice: el Concilio de Letran no habla más que de predicadores. Aunque asi sea, es cierto que, á propósito de los predicadores, ha fijado una prohibicion general y absoluta: *antequam publicetur aut populo prædicetur*. ¿Acaso las consideraciones que expone conciernen solo

à los predicadores? además, la prensa no es hoy una tribuna tan pública como el púlpito? Verdad es que el Concilio habla tan solo de profecias; pero es evidente que la razon de sus prescripciones es aplicable lo mismo à los milagros que à las profecias.

El Concilio de Trento completa en este punto el de Letran, fijando reglas sobre el mismo objeto, en igual sentido y conforme à los mismos principios. Hé aqui sus palabras:

«El Santo Concilio decreta que es preciso no admitir nuevos milagros... si no han sido reconocidos y aprobados por el Obispo, quien, siempre que se trate de un hecho de esta clase, reunirá en consejo los teólogos y otros hombres piadosos, y hará lo que juzgue conveniente à la verdad y à la piedad.»

El mismo espíritu reina en ambos Concilios y la misma doctrina establecen; con igual cuidado previenen el doble exceso à que se está expuesto, y se ponen à salvo los fueros, no solo de la piedad, sino de la verdad; con igual atencion se procura apartar estas delicadas materias de las apreciaciones incompetentes, de la ignorancia, de la pasion crédula ó incrédula, para reservarlas al juicio ilustrado y autorizado de los guias naturales, de la conciencia cristiana.

(Se continuará.)

CRÓNICA.

El 8 del corriente llegó à Civita-Vechia un buque, à bordo del cual iban los peregrinos americanos que desean visitar al Padre Santo. Parece que son dos obis-

pos, 30 eclesiásticos, y 68 particulares. Monseñor Gandolfi fué à bordo con los seminaristas para saludarles.

Los peregrinos, inmediatamente despues de su desembarque, oyeron misa en la catedral de Civita-Vechia, y en la tarde del mismo dia 8 partieron para Roma, cuyas calles encontraron iluminadas y muy concurridas por la celebracion de la fiesta del Estatuto. Se ha dicho que al desembarcar en territorio italiano fueron objeto de una manifestacion hostil, pero el hecho no es cierto.

El dia 9 los presentó à Su Santidad monseñor Nardi. El Soberano Pontífice los recibió con su bondad acostumbrada à las doce, en audiencia especial. Decíase en Roma que le ofrecerian una suma de gran cuantía, y no es inverosímil la especie, atendiendo à lo que han hecho otros católicos americanos en ocasiones análogas.

Por lo demás, el estado de salud del Papa es excelente. El 15 del presente mes celebrará la ceremonia de abrir y cerrar la boca à los cardenales Chigi, Guibert y Simor. Tambien les designará los títulos que han de llevar en adelante. El nuevo consistorio se anuncia para el 25, confirmándose de este modo todo cuanto estaba anunciado.

En Austria empieza la lucha del episcopado contra el gobierno. El *Czech*, diario que pasa por ser órgano del cardenal Schwarzanberg, ha publicado un artículo hablando de la conferencia de los obispos de Bohemia en Praga, y anuncia que aquellos prelados no se someterán voluntariamente à las leyes lla-

madas eclesiásticas, votadas por el Parlamento.

Tambien añade que se opondrán á su aplicacion, habiendo empezado la resistencia de los obispos de Bohemia con motivo de los nombramientos para beneficios vacantes. Por si el actual gobierno austriaco estuviera libre de dificultades, se le presenta la actitud del episcopado, que, por cierto, no debe sorprenderle.

En Inglaterra, el cardenal Cullen ha recibido órdenes de Roma para convocar un sinodo que examine las leyes donde se declaran ilegales las bulas y rescriptos del Papa, las relaciones de los conventos con el Estado y la incapacidad civil de los jesuitas. Es un verdadero acontecimiento si se atiende á que las leyes de que se trata interesan al protestantismo, cuyos recelos se excitarán probablemente, dando una interpretacion exagerada al pensamiento del gobierno pontificio.

En tal caso surgiria una lucha por el estilo de la que existe en Alemania. Sin embargo, no es de suponer que el gobierno inglés lleve las cosas tan léjos como las está llevando el de Berlin, impulsado por la desatentada política del principe de Bismarck.

La conducta seguida por el gobierno suizo respecto de los católicos habia dado lugar á creer que se constituia en auxiliar de la politica prusiana contra la Iglesia. Sin embargo, podrá ser una presuncion más ó ménos fundada, pero hé aqui que á un periódico aleman, órgano

del principe de Bismarck, se le ocurre levantar el velo, diciendo lo siguiente:

«Ahora está tan íntimamente ligada la politica religiosa de Suiza á la nuestra, que no podemos comprender como la *curia* ha podido lisonjearse con la esperanza de llevar á buen término una empresa tan aventurada, cual es la de querer separar á Berna de Berlin.

Suiza en su política confesional no obedece á sus propias inspiraciones; sigue la senda trazada por el principe de Bismarck.»

En esto ha venido á parar la independencia tan decantada de la Confederacion helvética. Ahora se explicará mejor sujintolerancia con los católicos, porque desgraciadamente la senda trazada por el principe de Bismarck deja huellas de triste recordacion.

De Paderborn (Alemania) anuncian que monseñor Martin, obispo de aquella ciudad, habia recibido un aviso del tribunal del distrito, invitándole á constituirse preso dentro del plazo de ocho dias, para *purgar* la condena de seis meses de cárcel en que habia incurrido por nombrar ilegalmente un cura. En el caso de no cumplir dicho prelado lo que se le prevenia, se le amenazaba con reducirlo á prision por la fuerza.

Para ayuda de males, *La Correspondencia Provincial*, diario oficioso de Berlin, hablando de las nuevas leyes llamadas eclesiásticas y de los obispos, dice que los jefes del movimiento católico no deben confiar en que el gobierno prusiano dé un paso atrás en el terreno en que se ha comprometido. Dificilmente se habrán hecho semejante ilusion; lo que si saben

es, que todo pasa en este mundo, y solo la tierra está siempre en el mismo sitio, como dice la Escritura.

De Roma aseguran que Su Santidad dará al cardenal Guibert, para las Iglesias de Paris, ricos presentes, y entre otros una copia magnífica, en mosaico, del cuadro de la Trasfiguración, de Rafael. El día 11 dió la comunión á los peregrinos americanos.

Durante la audiencia del cardenal Borromeo parece que se trató la cuestión de extender la Sociedad de los intereses católicos en América. El presidente de esta sociedad ofreció al Padre Santo un ejemplar de la medalla conmemorativa de la peregrinación americana, medalla que el Papa elogió mucho.

Habiase dicho que monseñor Negroni, ex-ministro de la Silla Pontificia, entraba en la Compañía de Jesus, y las últimas noticias de Roma confirman el hecho. Así lo vemos, por lo menos, en un telégrama de aquella ciudad.

Varias personas piadosas de Madrid han acordado se celebre una solemne función religiosa en la real Iglesia de San Isidro, el día 21 del corriente, para dar gracias al Todopoderoso por el cumplimiento del vigésimo octavo aniversario de la coronación de nuestro Santísimo Padre el Papa Pio IX.

A las ocho de la mañana se celebrará la misa de comunión general, á cuyo acto se suplica especialmente la asistencia.

A las diez y media se cantará misa solemne de pontifical, que celebrará el

señor obispo de Archis, con su Divina Majestad manifiesto, que quedará expuesto todo el día; terminada la misa, se hará la vela al Santísimo Sacramento hasta la hora de la reserva, comenzándola los señores sacerdotes y pudiendo después tomar parte en ella todos los fieles que así lo deseen.

Á las seis y media de la tarde se cantará un solemne *Te Deum*, después el *Santo Dios* y la reserva, terminando con la bendición del Santísimo Sacramento.

Durante el ofertorio de la misa, y en las mesas de petitorio, se recogerán limosnas con destino á Su Santidad.

Se ha pedido la bendición á Su Santidad.

VARIEDADES.

PENSAMIENTOS

*leídos por su autor D. Juan Chau-
mel, presbítero, en la sesión ordina-
ria de la Asociación de Propagan-
da Católica de Alcoy, celebrada en
la noche del 29 de Setiembre del
pasado año.*

(CONTINUACION.)

«Somos un gobierno que no se confiesa,» decía el de Luis Felipe: cierto era; pero también lo es, que los pueblos están mejor con gobiernos que se confiesan, que con gobiernos que no se confiesan.

Progresar: este es el grito del siglo XIX; y sin embargo, tiende á hacer omnipo-

tente al Estado, lo cual es retroceder á los tiempos del paganismo.

Mucho se declama contra el despotismo de la Iglesia en la Edad Media; y efectivamente, en aquel tiempo la Iglesia fué déspota... pero á la manera del sol, que con su inmensa fuerza de atraccion mantiene el equilibrio del sistema planetario.

Dado y no concedido que la Iglesia hubiese condenado á Galileo por su sistema astronómico, nada se deduciria contra la infalibilidad de la Iglesia: «Cristo no vino á enseñarnos cómo vá el cielo, sino como se vá al Cielo.»

Hase dicho, que la civilizacion moderna cuenta entre sus elementos el derecho al mal: esto equivale á decir que la civilizacion moderna no reconoce el derecho de castigar el mal, puesto que es un axioma inconcuso que, no hay derecho contra el derecho.

Los que no creen en lo incomprendible, se ven obligados á admitir lo inconcebible.

Matrimonio civil: he aqui dos palabras que no pueden ir juntas; si es matrimonio, no es civil; y si es civil, no es matrimonio.

A la altura á que han llegado los hombres y las cosas, la Europa tiene forzosamente que optar entre estos dos extremos: el Catolicismo en toda su pureza ó la demagogia con todas sus consecuencias.

«La libertad consiste en ser esclavo de la ley» Ciceron lo dijo siendo gentil; ¡qué vergüenza para muchos cristianos!

No hay tirania mas odiosa que la que se ejerce en nombre de la libertad.

Nada mas liberticida que la libertad que está á la órden del dia.

Entre la tirania de arriba y la de abajo, elijo la de arriba, porque es mas noble.

(Se continuará.)

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial á las nueve misa conventual. En Santa María á las ocho y media misa mayor. En la Virgen de Gracia á las diez misa solemne en honor del *Santísimo Sacramento*, con sermon que predicará D. Francisco Javier Guimbeu, vicario de la misma. Por la tarde á las seis procesion general. En las Agustinas á las nueve y media gran funcion á San Luis Gonzaga, con sermon que dirá D. José Juliá, capellan de las mismas. Por la tarde á las cinco será el ejercicio con *Manifiesto*, letania, *cré 'i-di* y bendicion.

Mártes.—En las Agustinas á las siete y cuarto misa de renovacion.

Jueves.—En las Capuchinas á las siete menos cuarto misa de renovacion, y por la tarde á las cinco el trisagio.

Sábado.—Vigilia de los santos Apóstoles S. Pedro y S. Pablo, ayuno, y no se puede comer carne aun con la Bula. En la Colegial misa de renovacion á las siete y media.